

TUS MANOS

AL principio son tus manos en una habitación de la segunda planta de una casa hecha de piedra. Así comienzas tú: tus manos como el Hágase la luz, organizando el caos. Manos, dedos, sábanas que huelen a lo que no se termina. Nunca he querido averiguar la marca del suavizante, te confieso. Pensar que en otros hogares la ropa huele igual que tus sábanas es algo que me irrita. Quiero creer que este olor es tuyo, que lo has elaborado tú porque eres fabricante de perfumes. Tus manos en una habitación de la segunda planta de una casa acorralada por el bosque. Nadie hace la cama con esa urgencia tan delicada, conjuga así la prisa con la atención, lleva el amor con esa velocidad hasta ese resultado. El modo en que doblas las sábanas es una teología sin libros. Perfectamente explicada. Concretísima. Tus manos yéndose cuando ya has depositado una oración en mis oídos. Porque te vas, desapareces. Quien nos ama no nos priva de la noche, sino que espera al otro lado de la estrella. Me da miedo la oscuridad, pero

tengo tus sábanas: el abrazo con que unos padres protegen a sus hijos durante las bombas.

Me despierta el gallo de los vecinos y abro los ojos. Abrir los ojos es el trabajo de la esperanza. La esperanza abre los ojos de cada persona cada mañana, como los comerciantes la persiana de su negocio. Todos los días abrimos los ojos porque esperamos algo. Porque en el fondo creemos que algo va a llegar, siempre. Es un acto reflejo tan antiguo como el hambre, abrir los ojos. Pero edificado sobre la espera, levantado sobre el anhelo de algo mejor y menos escaso. Me arrodillo sobre la cama, abro la ventana y la luz desvela al payaso equilibrista de tu cuadro. Su postura sobre la cuerda tensada retrata bien esta vida. Uno quisiera no asumir el riesgo que implica estar vivo, ver el camino despejado y no tener que enfrentarse a la sorpresa. Pero el riesgo es la garantía de nuestra libertad. Somos libres porque tenemos miedo. Tenemos miedo porque sabemos que no todo depende de nosotros. En realidad casi nada, aparte del peinado y el color de la camisa. El payaso, digo. Un cuadro que es una profecía. Payaso o poeta, da lo mismo: la manita que desempaña el cristal para alejarse de las ecuaciones y adorar la nube; alguien que, al levantarse, da las gracias antes que obedecer a esa institutriz a la que llamamos agenda.